

ANALES

DEL INSTITUTO DE INGENIEROS DE CHILE

Calle San Martín N.º 352 - Casilla 487 - Teléf. 88841 - Santiago - Chile

Año XXXIII

Octubre de 1933

N.º 10

Ing. Santiago Marín Vicuña

De tiempos lejanos

Recuerdos de la vida universitaria

Páginas íntimas

Sumario: Lo que era la profesión de ingeniero en las medianías del siglo pasado.—Lentitud constructiva de las obras públicas.—Entradas fiscales en el período 1851-1886.—El Presidente Balmaceda expone su programa de trabajos públicos.—Se crea el Ministerio y la Dirección de Obras Públicas.—El invierno de 1888.—Los Ingenieros proponen la organización de un Centro de estudios.—Se crea un Instituto de Ingenieros.—Sesión inaugural.—Los fundadores y el primer Directorio.—Estatutos y Régimen interno.—Aparece LOS ANALES como órgano oficial.—Don Domingo Víctor Santa María.—La sepultación de los héroes de Iquique.—El profesorado de ingeniería.—Don Alfonso Bruna.—Don Luis L. Zegers.—El Doctor Juan Schulze.—Solemnre repartición de premios en 1889.—Otros profesores distinguidos.—Los señores Alberto Obrecht, Luis Cousin y Carlos Koning.—La vida universitaria y social de aquella época.—Teatros y pasatiempos.—Los estudiantes fundamos la Sociedad de Ingeniería.—Sesión inaugural.—Los fundadores.—La revolución de 1891 rompe la armonía estudiantil.—Don Francisco San Román.—Régimen interno de la Sociedad.—El Gobierno nos acuerda una subvención.—Se inicia un movimiento de unificación del Instituto y de la Sociedad.—Gestiones malogradas.—En 1900 se acuerda la fusión.—El acta y la sesión inaugural.—Palabras de aliento de don Ismael Valdés Valdés.—Se elige un Directorio misto y diversos miembros honorarios.—Presagios para el futuro.—Pronóstico alentador de don Enrique Vergara Montt.—Fin.

EN las medianías del siglo pasado la profesión de ingeniero tenía en Chile una situación mediocre, principalmente por las escasas expectativas económicas que ella ofrecía a los profesionales, y por la limitación de obras de tal índole que se ejecutaban en el país, lo que le restaba a tal profesión el conveniente prestigio y ambiente social.

Las finanzas particulares y públicas eran entonces demasiado exiguas para pensar en cosas mayores.

De ahí que las cátedras organizadas años atrás por el ilustre matemático español don Andrés A. Gorbea, contratado por nuestro Gobierno en Europa, en 1826, para la enseñanza técnica, fueran poco concurridas por la juventud de entonces y que las actividades constructivas de la Nación apenas si se limitaran a las cosas de mayor urgencia y necesidad, por carencia absoluta de fondos fiscales con que ejecutarlas.

En 1849, por ejemplo, se había dictado una ley para realizar el ferrocarril de

Valparaíso a Santiago, con el concurso aún de dineros particulares; los trabajos habían sido iniciados en el terreno, en Octubre de 1852, partiendo desde el Puerto, y sólo cinco años más tarde, en 1857, quedaban éstos terminados hasta Quillota, donde fué necesario *paralizarlos* en absoluto por falencia fiscal, y sólo pudieron ser renovados cuatro años después y darles término, por fin, en la capital, en Septiembre de 1863.

Se había pues empleado *once años* y 11.3 millones de pesos en ejecutar una obra que sólo tenía 185 kms. de desarrollo.

Y en igual forma la línea férrea de Santiago al Sur, iniciada en 1856, sólo pudo terminarse hasta Curicó, en un desarrollo total también de 185 kms. *doce años* más tarde, en 1868, con un costo global de 6.7 millones de pesos.

Para que la generación actual aprecie las dificultades fiscales en la época a que nos estamos refiriendo, damos en seguida los siguientes datos, al parecer inverosímiles, de lo que fueron las *entradas-medias anuales* con que contaron los Gobiernos en el período de 30 años mediados entre 1851 y 1881, o sea, durante las Administraciones de los Srs. Manuel Montt, José Joaquín Pérez, Federico Errázuriz y Aníbal Pinto.

		§ Millones
Montt	1851-1861.....	6.1
Pérez	1861-1871.....	8.3
Errázuriz	1871-1876.....	14.5
Pinto	1876-1881.....	16.8

Lo que da un promedio que apenas alcanza a 14 millones de pesos por año, o sea, tanto como lo que hoy suelen ganar muchas empresas particulares de no gran cuantía.

Finalizada con éxitos inolvidables la Guerra del Pacífico, nuestro país entró

así a usufructuar de las rentas del salitre, que fueron siempre en un apreciable creciente, y con ello el coeficiente de las entradas fiscales durante la Administración de don Domingo Santa María (1881-1886) pudo ya subir a 39.4 millones de pesos por año, y, en tal forma también su ilustre sucesor, don José Manuel Balmaceda (1886-1891) se creyó ya capacitado para anunciar al país un programa constructivo de importancia, que se le creyó hasta utópico al ser enunciado; pero que él, a pesar de las vicisitudes de la política, supo cumplir en forma brillante y prestigiosa.

--:Procuraré, dijo entonces con el entusiasmo de un vidente, que la riqueza fiscal se aplique a la construcción de liceos y escuelas, que mejoren la capacidad intelectual del país, y no cesaré de emprender vías férreas, caminos, puentes, muelles y puertos que faciliten la producción, que estimulen el trabajo, que alienten a los débiles y que incrementen la savia, por donde circula la vitalidad económica del país».

Y para satisfacer tales anhelos en forma adecuada y armónica, poco después de llegar a la Moneda creó el Ministerio de Industria y Obras Públicas, en 1887, y meses más tarde, en Enero de 1888, dió asimismo vida a una oficina complementaria, la Dirección de igual nombre, a la que fueron llamados las más relevantes capacidades técnicas de entonces.

El primer Director de este organismo lo fué el ingeniero don Domingo Víctor Santa María, a quien habremos de referirnos más adelante, por la destacada representación que siempre tuvo en nuestro gremio.

Este cuadro alagador llegó pues a justificar ampliamente la confianza general que desde los comienzos se tuvo por los éxitos que habrían de alcanzar las febriles actividades del Excmo. señor

Balmaceda, lo que él mismo supo, en cierta ocasión, traducir en fervoroso entusiasmo, al exclamar con la fe de un poseído:

—¿Quién nos detendrá en este anhelo de progreso y bien público?

Con razón, pues, ha podido decir con posterioridad uno de sus más insospechables biógrafos, don Ricardo Salas Edwards (que fué hasta oficial del ejército revolucionario de 1891) al analizar este momento cúspide de aquella noble existencia:

«Era aquel un sueño mágico de grandeza, que le entusiasmaba hasta el fondo de su alma y le transformaba, como en su juventud, en nuevo y tesonero apóstol de las aspiraciones nacionales».

No está quizás de más que agregue que un hecho desgraciado y fortuito, el crudo invierno de 1888, vino aún a incrementar las labores constructivas de aquella época, ya que el estado torrencial experimentado en los ríos por las copiosas lluvias, destruyeron, desde Copiapó hasta Puerto Montt, casi todos los puentes camineros y ferroviarios del país, imponiéndose así su inmediata reconstrucción y hasta la canalización del Mapocho, que muchos discutían por lo gravosa, se hizo indispensable, por la caída de su entonces único puente, el famoso de *Cal y Canto*, legado a la ciudad por las actividades del Corregidor Zañartu.

La torrencial *aventura* del Mapocho de aquel año ha sido sólo comparable con la habida en 1783, que dió origen, como se sabe, a la construcción de las defensas o *tajamares* realizados por el Gobernador Don Ambrosio O'Higgins en 1793 y cuya eficacia pudo apreciarse en la *riada* excepcional de 1822, que durante días y días tuvo en peligro hasta la propia existencia de Santiago.

* * *

Este era, pues, el ambiente en que trabajaban los ingenieros cuarenta y cinco años atrás, cuando un grupo de distinguidos profesionales formularon por la prensa a sus colegas de todo el país, un llamado para que, reuniéndose en un cuerpo común, se estimulara la confraternidad, extinguida desde el término de las tareas universitarias, y se dedicara parte de las horas de descanso al cultivo y ensanche de las ciencias, que empezaban a olvidar.

«Las condiciones geográficas del país, nuestra situación en el mundo civilizado, las dificultades de estar al corriente de los adelantos científicos, la necesidad de proveerse de obras indispensables, decía aquella memorable y oportuna invitación, están en pugna con la vida que está obligado a llevar un hombre de nuestra profesión, y más que todo, con el aislamiento en que vivimos, cuando se quiere pagar un tributo al tiempo y asimilar nuevos conocimientos».

Y esa era la verdad, ya que en la época a que nos estamos refiriendo, como se ha dicho, el tren de progreso y de paz, interna y externa, en que vivía nuestro país, era excepcionalmente apto para realizar tan nobles y patrióticas iniciativas entre los ingenieros nacionales, hasta entonces carentes de contacto común y, por lo general, supeditados por profesionales extranjeros, que se creían los únicos monopolizadores del saber y de la competencia científica en sus respectivas especialidades.

Era, pues, ya tiempo que los ingenieros chilenos manifestaran sus aptitudes y cesaran en su papel de meros debutantes o de simples colaboradores de los intelectos de otras nacionalidades. De-seaban así probar, con los ejemplos ya

dados por los señores Víctor Aurelio Lasterria, Víctor Pretot Freire, Jorge Lyon y otros distinguidos profesionales *criollos*, que los restantes también habían sabido aprovechar bien las meritorias enseñanzas dictadas por Gorbea y las experiencias prácticas adquiridas bajo las sabias directivas de Wheelwright, Campbell, Llody, Robertson, Chevallier, Meiggs y demás ilustres constructores de nuestras primeras líneas férreas.

Existían, pues, elementos aprovechables y espíritu de progreso; pero faltaban aún la unión profesional y los medios de estimular tan nobles iniciativas, ya que «la ingeniería, en sus dilatados horizontes, necesitaba siempre el inteligente concurso de varios, para llevar al triunfo sus grandiosas manifestaciones», según lo expresaba el documento a que hemos hecho referencia.

Es verdad que en 1873 se había fundado en Santiago un *Instituto de Ingenieros y Arquitectos*, como también que en 1881 un grupo de estudiantes universitarios habían así mismo constituido una *Sociedad de Matemáticos*; pero ambos organismos habían tenido vida efímera y ya no existían sino en el recuerdo.

De ahí que con sobrada razón y patrióticos argumentos, el citado documento terminara con los siguientes conceptos:

«Ha llegado, pues, la hora y la oportunidad de organizar una nueva Sociedad, más uniforme con las circunstancias actuales, para lo cual hacemos un llamado entusiasta a nuestros colegas, muy especialmente a los que poseen conocimientos generales, invitándolos a echar las bases de una Sociedad o Círculo, sin otras pretensiones por ahora, que tener un Centro de reunión y una Sala de lectura, dedicando las cuotas de todos a la suscripción de revistas científicas y compra de libros útiles a nuestra profesión».

Como se ve, los propósitos iniciales eran por demás modestos; pero los posteriores éxitos del organismo así fundado, ampliamente justifican recordar y enaltecer ahora el nombre de los firmantes de aquella feliz invitación, que lo fueron los señores:

Clodomiro Almeyda, Javier Arrieta, Carlos Barriga, *Eduardo Barriga*, Federico von Collas, José Luis Coó, Juan Agustín Cabrera, Manuel Horacio Concha, Ricardo Fernández Frías, *Valeriano Guzmán*, Ignacio 2.º Garcés, Diego A. Lira, Guillermo Lira Errázuriz, Benjamín Marambio, Ricardo Martínez, Juan Emilio Muxica, Emilio F. Marión, Valentín Martínez, Santiago Muñoz, Santiago Montt, *Luis Adán Molina*, José Ramón Nieto, José María Oñat, Ismael Renjifo, Pedro A. Rosselot, Francisco J. San Román, Domingo Víctor Santa María, Macario Sierralta, Alejandro Torres Pinto, Enrique Vergara Montt y Benjamín Vivanco.

He ahí la lista nominativa de los treinta ilustres colegas que por su feliz invitación dieron prácticamente vida al prestigioso *Instituto de Ingenieros*, que al fusionarse doce años más tarde con la *Sociedad de Ingeniería*, pasaron así a constituir un organismo científico potente y único, que honra no sólo a nuestro país sino a la América misma y que pasó a denominarse, de común acuerdo, *Instituto de Ingenieros de Chile*.

De los anteriores firmantes, triste es decirlo, sólo viven hoy los señores Barriga, Guzmán y Molina, quienes, por circunstancias que ignoramos, ni siquiera figuran en la lista de Socios de la referida institución. Sería, pues algo de elemental justicia incluir sus nombres entre los miembros *Honorarios*, pagando con ello, en el 45 aniversario de su formación, un grato tributo de reconocimiento

que se tienen sobradamente merecidos los iniciadores de tan selecto y prestigioso organismo científico-social.

* * *

Siguiendo nuestra relación diremos que al tenor de la invitación transcrita, aparecida en la prensa local en las finalidades de Septiembre de 1888, un mes más tarde, el 28 de Octubre, tuvo lugar la sesión inaugural de la institución en referencia, a la que concurrieron, además de los citados, los señores:

Pedro León Bazo, Juan Basterrica, *Ascanio Bascuñán Santa María, Domingo Casanova*, Joaquín Cortez, Manuel Díaz, Hugo Dresmond, Ernesto 2.º Frick, Gustavo Flumann, Higinio González, Washington Lastarria, Isaac Montt, Aristides Martínez, Augusto Orrego Cortez, Uldaricio Prado, *Francisco José Prado*, Luis Pisis, José Ignacio Rosas, Ruperto Solar, Nicanor Tanco y Manuel Valenzuela.

Enviando además cartas de adhesión, por encontrarse quizás fuera de la capital, los señores José Pedro Alessandri, Ramón Correa Rivera, Fernando Cabrera Gacitúa, Juan Francisco Campaña, Belisario Díaz, Alberto North, Justiniano Sotomayor, *Ismael Valdés Valdés*, José Ignacio Vergara y Francisco Vidal Gormaz.

Hemos dado la nómina completa de los cincuenta y dos colega que hace ya 45 años asistieron o adhirieron a esta solemne sesión, porque ellos traducen los verdaderos y recordables *fundadores* de nuestro actual Instituto, y lo menos que podemos hacer hoy en su honor, es de perpetuar sus prestigiosos nombres ante la consideración de los que ahora estamos aprovechando de sus iniciativas, de tan laudables y prolíficos resultados.

No está de más que agreguemos aún

que esta memorable reunión se verificó en un viejo edificio, que ya no existe, ubicado en la hoy plaza Montt-Varas, frente al Palacio de los Tribunales y que pertenecía, según mis recuerdos, a una familia apellidada Gumucio.

En esa sesión, previa las lecturas y trámites de estilo, quedó elegida la primera Mesa Directiva, que quedó formada así:

Presidente, don Uldaricio Prado.

Vice-Presidentes, los señores Domingo Víctor Santa María y Aristides Martínez, y

Secretarios, los señores Valeriano Guzmán y Enrique Vergara Montt.

Un mes más tarde, en sesión de 27 de Noviembre, quedaron aprobados los *Estatutos* sociales, en conformidad a los cuales fué designada una Junta de Administración, presidida por don Washington Lastarria y así mismo designados en calidad de Miembros *Honorarios*, los señores Francisco de Borja Solar, Ignacio Domeyko, Rodulfo A. Phillippi y Amado Pisis, que eran entonces los exponentes de mayor prestigio universitario habidos en el país.

Pasados algunos meses de preliminares y de organización interna, pudo ya pensarse en la publicación de una revista, que fuera el órgano autorizado de la institución, y para ello se designó una Comisión redactora, compuesta de los señores San Román, Santa María, Barros Grez y Guzmán, la que pudo, poco más tarde, iniciar la publicación de LOS ANALES, cuyo primer número apareció en Junio de 1889, el que hasta ahora se edita mensualmente, constituyendo así uno de los archivos técnicos más antiguos y valiosos de nuestro Continente.

Agregaremos todavía que el Presidente de la naciente institución, el señor Prado, era en esa época Decano de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas y re-

putado como uno de los profesionales de mayor prestigio y conocimientos, adquiridos éstos en Universidades europeas; pero la verdadera *alma-mater* del naciente organismo, por su popularidad y prestigio, era el señor Santa María, quien, y hasta su fallecimiento, ocurrido en 1919, fué justicieramente considerado como el Jefe y el amigo más sincero y eficaz del Cuerpo de ingenieros nacionales. El Instituto, que honra uno de sus Salones con un retrato al óleo de su digno fundador, bien podría ir pensando en la erección, en su Hall central, de un monumento que recordara sus virtudes y merecimientos.

En igual forma han procedido los colegas argentinos para perpetuar la memoria de don Luis A. Huergo.

Nacido en Santiago en 1854 e hijo del ilustre Presidente de la República de igual nombre, se graduó en nuestro país, y pasando después a Europa para el perfeccionamiento de sus estudios, en 1877, se incorporó a la Universidad belga de Gantes, después de lo cual regresó a Chile, y en 1888, como se ha dicho, asumió la dirección de los trabajos públicos emprendidos por Balmaceda y con ello se mantuvo, por años y años al frente de las grandes actividades constructivas del país, que lo eran grandes y cuantiosas. Sus actividades posteriores en el Congreso y en la enseñanza universitaria, completaron su imponderable Hoja de Servicios.

Siendo Decano de la Facultad, tuve la oportunidad de conocerle íntimamente y hasta solicitarle determinadas facilidades, que él me supo otorgar con delicadeza y afectos que nunca olvidaré; por lo que se puede decir que el señor Santa María fué, para el alumnado chileno, casi un padre. De ahí el afecto con que su nombre se recuerda a través de los años y de las vicisitudes del tiempo.

Narrado así lo que ocurría en el campo

profesional, pasamos ahora a referirnos al objeto principal de estas *reminiscencias*, o sea, a la propia vida *estudiantil* de aquellos ya lejanos tiempos, como asimismo a lo que era la enseñanza y el profesorado universitario, para lo cual nos limitaremos a transcribir textualmente algunas páginas de un libro *íntimo*, que, sin mayores pretensiones, ha sido siempre el compañero de muchos años y de muchas circunstancias. Perdón, pues, por las deficiencias que tales apuntes constituyan, y, más aun, por lo de personal de sus apreciaciones, ya que bien interpretadas, a mi juicio, lejos de dañar el conjunto, pueden, por lo contrario, exteriorizar o transparentar su evidente sinceridad.

* * *

Mis estudios de humanidades los hice yo en el Liceo de La Serena (1882-1887), terminados los cuales me trasladé a la capital, a mediados de Mayo de 1888, para optar al título de Bachiller en la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas y poder así ingresar al primer año del curso de ingeniería de la Universidad del Estado; pero antes de llegar a Santiago, recuerdo que hube de quedarme por algunos días en Valparaíso, en cuyo puerto me tocó en suerte presenciar uno de los acontecimientos patrióticos más emocionantes y educativos ocurridos en Chile, por lo que bien merece una recordación especial.

Me refiero a la translación desde la rada de Iquique, a su cripta definitiva en el Monumento Prat, de los restos de los héroes sucumbidos gloriosamente en defensa de la Patria, en el homérico combate entre la «Esmeralda» y el «Huáscar», en la jornada memorable del 21 de Mayo de 1879.

Los restos habían sido escoltados desde

el norte por una Escuadra, al mando del Almirante Uribe, el segundo de Prat, y desembarcados en el muelle del Barón; fueron conducidos hasta el templo del Espíritu Santo, y desde ahí, en procesión solemne, a la plazuela que hoy enfrenta la Intendencia, donde eran esperados por la Comisión Oficial, que presidía el propio Excmo. señor Balmaceda, sus Ministros de Estado y diversas autoridades locales.

Aun resuenan en mi memoria las frases elocuentísimas del Intendente don Eulogio Altamirano y del diputado don Máximo R. Lira, que hicieron humedecer los ojos de emoción patriótica; pero lo que contribuyó a dar mayor realce a la ceremonia fué la arenga tribunicia del Presidente Balmaceda, pronunciada casi al finalizar el acto y ya muy entrada la noche.

La elegante e imponente figura del orador y los tintes ya apagados del día, dieron quizás mayor realce a sus elocuentes palabras:

—«El sacrificio de los héroes de Iquique, dijo con voz temblorosa por la emoción, prueba que los inmortales caen también en el camino del tiempo; pero para ascender en la posteridad por la pradera gloriosa, en la cual los que fueron y los que somos formamos la corriente misteriosa de afectos que nos hace sentir desde esta mudable y frágil morada la admiración y el amor por los grandes servidores del Estado. De ahí que sienta en estos momentos las palpitations del sentimiento público, y, en mi corazón, los latidos de los corazones chilenos».

Al terminar el acto, las banderas de la ciudad y las de los barcos surtos en la bahía fueron izadas hasta los topes, resonando entonces en el ámbito del puerto, no ya los acordes fúnebres de Chopin, que hasta esos momentos tro-

naban las bandas militares, sino los entusiastas vítores de los grandes días de gala y de los grandes triunfos nacionales, coreados por miles y miles de voces en la ciudad y por hurras entusiastas de las marinerías, que desde las cofas de sus buques lanzaban al aire, en medio de cantos aguerridos los hosannas, al heroísmo inmaculado de sus dioses...

La juventud que haya presenciado escena como la descrita, llevará siempre en el alma la imagen imperecedera de la Patria!

* * *

Llegado a Santiago, como se ha dicho, ingresé a los cursos de ingeniería, que funcionaban entonces en la propia Universidad, iniciando con ello mis estudios superiores, rodeado de un grupo de condiscípulos hasta esos momentos del todo desconocidos; pero que desde los primeros días supieron recibirme con marcada y grata amabilidad.

Las clases sólo se hacían por las mañanas, quedando así el resto del día para preparar las interrogaciones posteriores, cuando no para simplemente zarándear, que era lo más común.

Los profesores del primer año lo fueron:

De *Algebra Superior*, Don Adolfo Bruna, caballero ya anciano, de muy malas pulgas y que no gozaba de simpatías entre el alumnado por sus exageradas rigideces, debidas quizás al mal estado de su quebrantada salud, que antes de expirar el año concluyó con su vida.

Era excepcionalmente puntual a la hora de llegada, y como diariamente pasaba lista, se esmeraba en descalificar a quienes no concurrían con puntualidad a sus lecciones. La clase la hacía en una pequeña Sala ubicada en el extremo sur-

poniente del primer patio, donde hoy está la Secretaría del Rector, y para sus lecciones se servía de un viejo texto de Francoer, traducido 50 años atrás por el ilustre Gorbea para la enseñanza chilena.

De *Física General*, Don Luis Zegers, amanerado profesor que dictaba diariamente sus lecciones en una amplia Sala, llena de instrumentos novedosos y relucientes, situada en el mismo patio, en el extremo nor-poniente, a la que concurría don Luis, zahumando el ambiente con un envidiable cigarro, de pura cepa cubana. Dictaba de viva voz sus enseñanzas, paseándose ceremoniosamente de uno a otro rincón, las que nosotros copiábamos de prisa y con marcado interés.

Sus modales agradables, su vestir correcto, la buena voluntad con que nos atendía y su dedicación entusiasta por las aplicaciones prácticas de la electricidad, le habían formado una atmósfera de prestigio, que él supo conservar hasta su fallecimiento, ocurrido muchos años más tarde, en 1925, lejos de la patria. Cultivaba relaciones amistosas con sabios, como Edison y Flammarión, de lo que mucho se vanagloriaba, y si no me equivoco, a él se debe la introducción en Chile de la luz eléctrica y hasta de la telefonía, que estrenó en una Exposición Minera, organizada en 1894 por la Sociedad Nacional de Minería.

Y por último, la de *Química Inorgánica*, corría a cargo del Doctor Juan Schulze, uno de los catedráticos más estimados y de mayor prestigio que haya pasado por la Universidad.

Nacido en Alemania, en Dresden, en 1853, se había educado en las célebres Universidades de Freiberg y Leipzig y llegado a nuestro país en 1885, especialmente contratado por nuestro Gobierno.

Su cátedra (que entonces era común para los alumnos de ingeniería y medi-

cina) la hacía en una amplia Sala, ubicada en el extremo sur-oriente del patio oriental de la Universidad, donde hoy están los talleres de impresiones, y tenía la particularidad de tener sus asientos en graderías, como en anfiteatro, con capacidad hasta para doscientos alumnos.

Las clases las hacía el Doctor en medio de un impresionante silencio, que nadie osaba interrumpir, y en muy contadas ocasiones llamaba a alguien a la pizarra para interrogarlo. En cambio, los exámenes finales del año, los realizaba con extraordinario formulismo, y fué él quien introdujo en la Universidad el sistema de darlos por escrito, y no orales.

Entraban a la Sala hasta veinte alumnos de una vez, se les distribuía en forma que no pudieran comunicarse entre sí y cuando ya todos estaban acomodados, lápiz en mano y papel al frente, se descorría el pizarrón, donde los examinandos podían leer hasta cinco preguntas, comunes a todos y que deberían ser contestadas. Las votaciones eran conocidas días más tarde, siendo colocadas, con las firmas de los examinadores, en un lugar visible del patio.

Para que se aprecie el género e importancia de estas preguntas, paso a dar las colocadas en mi examen:

- 1.—¿Cómo obra el ácido nítrico sobre el cobre, la plata, el oro y estaño?
- 2.—¿Cómo se prepara la soda cáustica, por medio del carbonato de sodio?
- 3.—¿En qué se basa la suposición de la existencia del radical-amonio?
- 4.—¿Qué resultará si hacemos pasar una chispa eléctrica por diez centímetros cúbicos de amoníaco? y
- 5.—¿Cuánta cal quedará libre calcinando quinientos gramos de carbonato de cal?

Mis contestaciones debieron haber sido muy satisfactorias, porque la Comisión examinadora (compuesta de los señores

Washington Lastarria, Julio Schneider y Schulze) la aprobó con distinción unánime y más tarde supe, con gran sorpresa de mi parte, haber sido favorecido con el premio único del curso, el que me fué otorgado, con las solemnidades de estilo, en el Teatro Municipal, en Septiembre del año próximo.

Qué hermosas, solemnes y estimuladoras eran aquellas festividades!

La amplia y ornamentada Sala del Municipal estaba de gala, pletórica de gente y deslumbradora de luz.

En la platea, los muchachos próximos a ser laureados, codeábanse con sus padres y apoderados; en los palcos de primera y segunda fila se ostentaba lo más *chic* y representativo de nuestro mundo social y aristocrático; en el anfiteatro y galería la juventud, eternamente bulliciosa y alegre, tronaba con sus gritos y oportunos dichos, y en el amplio proscenio tomó asiento central el propio Presidente Balmaceda, con su cabeza soñadora de apóstol, rodeado de sus Ministros, que entonces lo eran los señores Demetrio Lastarria, Eduardo Matte, Pedro Nolasco Gandarillas, Abraham Konning y Federico Puga Borne, a quienes hacían marco el Rector el Dr. José Joaquín Aguirre, los Decanos y los profesores, que se sentían felices, si no orgullosos, ante el magno espectáculo que presentaba el Coliseo, que parecía vestido con las galas de los grandes días patrios.

El Secretario General, Dr. Adolfo Valderrama, de pie y con voz pausada y clara, iba leyendo la lista de los premiados y éstos, con viva y atropelladora emoción, irrumpían por los pasillos, hasta subir al proscenio y recibir ahí, de manos de algún magnate, cuando no del propio Presidente, los Diplomas y medallas del caso, para después retornar a sus asientos, inflados de satisfacción y rodeados

de atronadores aplausos, y a veces buscando anhelosos entre los juveniles grupos que poblaban los palcos, los encendidos y chispeantes ojos de la dulce amiga, de la sin par pololita, que parecía prometerles para más tarde, nuevas y más placenteras recompensas...

No en vano se ha dicho que la juventud es la sonrisa del porvenir!

¿Por qué la pedagogía moderna se ha empeñado en suprimir tales ceremonias, que tanto estimulaban y tanto enorgullecían a propios y extraños?

Terminado el ir y venir de los preferidos, los acordes de la orquesta desgranaron impecables, las notas de una sinfonía de Beethoven y tras ella se dejó oír la voz cadenciosa del Profesor don Isaac Ugarte Gutiérrez, que con tono académico disertó larga y eruditamente sobre la enseñanza pública, que algo criticó y enalteciendo después los laureles que se acababan de otorgarnos, con íntima satisfacción dijo:

—«Nada más justo ni más propio que esta fiesta, destinada a tributar calurosos aplausos a los distinguidos jóvenes, que trabajando en las aulas por su porvenir individual, contribuyen eficazmente al progreso de Chile y al prestigio del primer y más importante de sus establecimientos de instrucción. Chile valdrá en el porvenir lo que valga su instrucción, y así como su fuerza estriba en el valor, número y patriotismo de sus hijos, su futura grandeza y prestigio dependen de la ilustración de sus ciudadanos».

Cuando se dió término a aquella imborrable ceremonia, que todos comentaban con íntima fruición, los últimos arboles del atardecer aun teñían el horizonte y empezaba ya a esparcirse por la endomingada ciudad, la brisa tibia y apasionante de las septembrinas noches de primavera.

* * *

Pero volvamos al profesorado.

El Dr. Schulze, que era soltero, vivía por especial concesión, en la propia Universidad; ocupaba las mañanas en sus interesantes clases y dedicaba las tardes a su laboratorio de experimentación, y trascurrida en tal forma la temporada docente, dedicaba las vacaciones a excursionar por el norte, por aquel maravilloso desierto de Atacama, donde recogía elementos para posteriores estudios científicos, que publicaba en Chile y Alemania, como en épocas muy anteriores lo habían hecho también Domeyko y Philippi.

Y corriendo así los años ocurrió en cierta ocasión una desgracia tremenda, que enlutó a todo el país.

El 19 de Noviembre de 1892, estando en su laboratorio, estudiando el estado coloidal del arsénico, de súbito se rompió un matraz, surgiendo de él, gases intoxicantes de hidrocarburo arseniado, que al ser respirados le desgarraron las entrañas...

Al sentir así los primeros síntomas del envenenamiento, el sabio profesor comprendió que estaba perdido; pero aun tuvo calma y energía para ir vacilante hasta un próximo pizarrón y escribir en él esta advertencia fatídica y de muerte:

Cuidado! As H3.

Su posterior enfermedad, que fué muy corta y dolorosa, significó una gran preocupación científica y social, quedando con ello de manifiesto el alto aprecio que había logrado entre nosotros nuestro ex maestro, lo que aún más se exteriorizó el día de su entierro, poblado de discursos en varios idiomas y hasta el Congreso llegó el pesar nacional por tan lamentable pérdida, que inscribió el nom-

bre del Dr. Schulze en el libro del martirologio científico del mundo.

Como cruel coincidencia agregaremos aún que el Dr. Schulze murió en Chile en 1892, absolutamente en igual forma que en 1815 había perecido el gran químico alemán Gehelen, el propio descubridor de la arsenarina.

Cruelles presagios de los gases *asfixiantes*, que tantas víctimas habrían de hacer en la guerra mundial de 1914-1918.

Y así podríamos seguir llenando muchas páginas con el recuerdo de otros profesores de mi tiempo en los demás cursos, lo que quizás sería largo y hasta monótono en estos recuerdos, por lo que nos limitaremos a decir que los había de singular preparación, como también de escasa importancia, sin entrar en su individualización, que podría ser molesta y hasta ingrato consignar en señalados casos.

De entre los primeros gozaban de merecido prestigio y aprecio estudiantil tres dignos y recordados maestros *contratados* en Europa, que siempre vivieron muy cerca de nosotros, como ser:

Don *Alberto Obrecht*, Director del Observatorio Astronómico Nacional, que nos enseñaba la Mecánica Racional y el Cálculo Infinitesimal.

Don *Luis Cousin*, Consultor Técnico del Ministerio de Obras Públicas, que nos hacía la clase de Ferrocarriles, Puentes y Caminos, y

Don *Carlos Konnig*, que cursaba las cátedras de Hidráulica Aplicada y que al término de su contrato fué designado Director General de Obras Públicas por algunos años.

De los anteriores, el de mayor respetabilidad y estima fué el segundo, que quedó en Chile durante diez años consecutivos y hasta regresó después al frente de una Empresa constructora belga, que se interesó por la ejecución del ferroca-

rril longitudinal norte, falleciendo en Bruselas en Octubre de 1914, en los comienzos de la gran guerra, que tanto hizo sufrir a su país.

Al señor Cousin me ligó siempre una muy estrecha amistad, que iniciada en las aulas, supo después acrecentarse, y recuerdo como curiosidad, que el mismo día en que los diarios de la capital daban el cablegrama anunciando su sensible muerte, recibía yo una atenta e interesante carta suya, que, con otras de igual índole, me dí el agrado de publicar en los ANALES DEL INSTITUTO DE INGENIEROS, en el mismo mes y año citados. Parte de la familia de Mr. Cousin se radicó definitivamente en nuestro país.

* * *

La vida universitaria en aquella época era, pues, tranquila y armónica, porque aún no existían las hoy tan ponderadas *Federaciones de Estudiantes*, ni tampoco los grandilocuentes postulados de los grupos *Avance y Renovación*, que tanto caldean la atmósfera estudiantil. La muchachada, pues, de mi tiempo no salía así de su legítimo rol de meros estudiantes, atendiendo sólo, mal o bien, sus obligaciones escolares, para dejar a los hombres maduros y de responsabilidades, las arduas tareas de gobernar el país. . .

Asistíamos con puntualidad a nuestras clases de las mañanas y el resto del día se dedicaba, como se ha dicho, a preparar las interrogaciones, dejando las noches y cuando había con qué, para los agrados del dulce vivir, zarandear o de ir a los teatros que, a la par de escasos, por lo general no estaban al alcance de nuestras modestas *posibilidades*.

Para mejor comprender estas modalidades y hasta temiendo salirme del margen de estos recuerdos estudiantiles, paso a referirme, en forma suscinta y

breve, a lo que entonces constituían tales agrados sociales, empezando por los más comunes y concurridos, por los teatros.

En aquella ya lejana época sólo había en Santiago tres teatros de relativa importancia:

El *Municipal*, en el que actuaban, año a año, determinadas Compañías líricas, que ofrecían a nuestro público las mismas óperas de hoy, en los altos del cual daba la Sociedad Filarmónica selectas recepciones sociales, a las que concurría toda la *élite* de nuestra aristocracia. Excusado me parece agregar que a este teatro, que era bastante caro y ceremonioso, en muy contadas ocasiones podíamos visitarlo, a no ser que nos encaramáramos a la galería, a la *cazuela*, donde nos dretíamos de calor.

El *Santiago*, ubicado en la segunda cuadra de la calle del Dieciocho, acera oriente, que era una construcción de modesto aspecto y por lo general frecuentado por Compañías dramáticas, muy celebradas por la Sociedad. En la época a que me estoy refiriendo, trabajaban en él y con gran éxito, autores de fuste, como Emmanuele y Roncoroni, que deleitaban a su público con *Otello*, *Fedora*, *Maitre de Forges* y otras sensacionales piezas teatrales y

El *Politeama*, que funcionaba en la primera cuadra de la calle Merced, donde hoy está el Santiago, dedicado a Compañías ligeras, de operetas y zarzuelas, como las de Astol, Jarquez, Sánchez y Allú, que constituían el encanto de la muchachada, tanto por la alegría de las representaciones, como por los bajos precios. En él imperaba el sistema denominado de *Tandas*, en que se pagaba de veinte a cuarenta centavos por acto.

Las piezas entonces de moda eran *La Gran Vía*, *El Rey que Rabió*, *La Revoltosa* y *El Tambor de Granaderos* y los artistas de mayor resonancia eran la

Aguilar, entre las cupletistas y Serranito entre los gracejos.

Era de ver y oír las caras congestionadas de aplausos que estallaba en la Sala cuando la citada cupletista, en ritmos de desenfadada voluptuosidad y de giros y contragiros, dejaba al descuido sus ocultas y eróticas formas, para gritarles en seguida a su embelesado público, ávido de emociones y con inimitable picardía:

Colosos!

También fueron muy bulladas en ese teatro señalados y muy comentados triunfos coreográficos de una famosa bailarina, la Miola, que hacía tiritar muchos hogares y que mantuvo en ascua a toda la alegre *creme-doré* de aquellos alegres y rumbosos tiempos, a lo que podría aún agregar, aunque sea de época posterior, la Compañía Tomba que vino en 1890 y que enloqueció a todo Santiago con su grupo de hermosas y picarescas actrices y sus tan intencionadas operetas Bocaccio, Doña Juanita y Giroflé-Giroflá, que aún suelen tatarear los café-concert.

El inimitable Pepe Vila llegó más tarde aún, creo que en 1893.

Por lo demás, las fiestas y recepciones de medio siglo atrás, si bien no eran las patriarcales de la Colonia, estaban muy lejos afortunadamente, de las exageradamente libres del presente. No habiendo *criyones*, ni *lidos*, ni menos *cabarets*, las jovencitas de entonces vivían más en su hogar, se educaban para ser buenas y prolíficas *mamaes* y los muchachos, a nuestra vez, éramos también más respetuosos y más dedicados al trabajo, que dignifica.

En una palabra, la vida santiaguina de aquellos tiempos era más propicia a las reuniones caseras, familiares, impregnadas de sencillez y de dulzura y en las afinidades de sexo imperaba más el corazón que el cerebro...

¿Será verdad que los viejos, siempre encuentran mejores los tiempos que fueron?

Lo anterior se refiere, como se ve, a las entretenciones *horostas*, que en cuanto a las que no lo eran, sólo nos limitaremos a decir que tenían como campo de *operaciones* barrios más apartados del centro, ya que el Santiago culto, iluminado y decente, si así lo pudiéramos llamar, tenía por aquellos años límites mucho más estrechos y reducidos que al presente:

Por el norte deslindaba con el Mapocho; por el sur con la Alameda; por el oriente con el cerro Santa Lucía y por el poniente con el tenebroso callejón de Negrete, llamado hoy Avenida del Brasil. Lo demás, salvo excepciones, constituía los *suburbios* de la ciudad, donde dominaban los maleantes y en los cuales, a falta de teatros u otros espectáculos, noche a noche las guitarras y el harpa de las chinganas, hacían *pendant* a los corchos de los atorrantes y a las pependencias de las meretrices.

Este era el campo tenebroso en que dominaba el alcohol y al que sólo concurrían otros que nosotros, los *muchachos bien*.

* * *

Si a lo anterior se agrega los bailes y recepciones sociales, que solían ser frecuentes, se puede ver que no eran fiestas ni pasatiempos las que faltaban a la juventud; pero los alumnos universitarios propiamente dichos, vivíamos, aparte de las horas de clase, en un absoluto aislamiento entre sí, ya que cada uno actuaba en círculos sociales diversos y todavía con gustos distintos. De ahí que fuera entusiasta y unánimemente aceptada la idea por alguien lanzada, en el sentido de organizar un Centro de charlas íntimas y que a su vez nos sirviera de punto de

reunión para el perfeccionamiento de nuestros estudios.

Tales propósitos eran, pues, del todo similares a los que congregaron en 1881 a los entonces estudiantes de ingeniería Luis Pisis, Santiago Montt, Pedro Roselott, José Pedro Alessandri, Luis Adán Molina y otros, para fundar la ya citada *Sociedad de Matemáticos*, que tuvo vida efímera y de la cual sólo existía entonces el recuerdo.

Aceptada, pues, la idea a que se ha hecho referencia, arrendamos para instalarnos un par de muy modestas piezas en una casa ubicada en la segunda cuadra de la calle Arturo Prat, acera oriente y que pertenecía a un Doctor Cobos, a quien, por ser hidro-homeópata, el pueblo lo llamaba el *Médico de las agüitas*, y en esos cuartos, de piso de ladrillos, paredes blanqueadas y cielo raso de tela muy llovida, metimos, a guisa de mobiliario, una veintena de sillas de totora, un estante para libros, una mesa de álamo y un pizarrón.

Nada más.

Ese, pues, fué el humilde nacer de la *Sociedad de Ingeniería*, cuya sesión *inaugural* jubilosamente la celebramos el 31 de Mayo de 1888, o sea, seis meses cabales *antes* que naciera el *Instituto de Ingenieros* a que nos hemos referido más atrás. De ahí, que cronológica y presuntuosamente se pueda decir que nuestra *Sociedad*, fué la *precursora* del *Instituto*.

Socios fundadores de esta Institución, fuimos:

Julio Alamos Cuadra, Luis Arrau Ojeda, René Brickles, *Carlos Barrios Miranda*, *Augusto Bruna Valenzuela*, *Carlos Cabrera Castillo*, José María Espinoza, Filidor Fernández, Guillermo Fritis Mackensi, *Carlos García Cross*, Santiago Gatica Huidobro, *Alejandro Guzmán Schrenzer*, Antonio Herrera

Zambrano, Germán Hurtado Mienvielle, Alfredo Illanes Beytía, Rafael Jofré, *Joaquín Leiva Chadwick*, *Santiago Marín Vicuña*, *Alfredo Molina*, Eduardo Pardo Correa, *Ventura Piedra Buena*, Jorge Porter Zaldivia, *Luis de Porto Seguro Ovalle*, Manuel Rojas Navarrete, Agustín Rengifo, Caupolicán Robles, Luis Riso Patrón, *Victor Santelices Serrano*, Carlos Soza Bruna y *Luis Varas Herrera*.

Total, 30 personas, de las cuales apenas si un tercio vivimos aun.

Sólo una parte de los anteriores lograron más tarde optar el título profesional.

En una de las salitas del actual Instituto de Ingenieros se ostenta como recuerdo de tan lejanos tiempos una curiosa fotografía en la que figuramos algunos de los citados, tomada ocasionalmente un año más tarde y que conviene conservar y hasta útil sería agrandar, en memoria de tan fausto aniversario.

En la citada sesión inaugural se procedió en primer término a elegir *Mesa Directiva*, que quedó formada así:

Presidente	Alfredo Molina
Vice-Presidente	Guillermo Fritis
Secretario	Luis Riso Patrón
Pro-Secretario	Germán Hurtado

De los cuales, justo es decirlo, el que más tarde tuvo mayor figuración profesional fué Riso Patrón, por lo que bien merece un recuerdo especial.

Nacido en 1869, optó su título de ingeniero en 1893, especializándose desde los comienzos en trabajos geodésicos de importancia, lo que le valió en 1918 una Medalla de oro otorgada por la *Sociedad de Historia y Geografía*, y otra de mayor mérito aun, que le confirió en 1926 la *American Geographical Society*, entregada con gran solemnidad en la propia Embajada de los Estados Unidos

por el entonces representante americano Mr. William Collier.

Durante el litigio de límites de fronteras internacionales con la República Argentina, fué designado Jefe de una de las brigadas de ingenieros, y terminada la demarcación le tocó organizar la denominada Oficina de *Mensura de Tierras*, que tuvo por misión el levantamiento geográfico de la República. En ambos cargos le cupo la tarea de redactar numerosos trabajos de gran valía y más tarde su conocido y apreciado «Diccionario Geográfico de Chile», publicado en 1924, como ampliación o renovación del editado en 1899 por don Francisco Solano Astaburuaga.

Tuve la honra de ser su amigo personal y hasta su ayudante en la Comisión de Límites, por lo que me creo en situación especial de decir que, apesar de ciertas modalidades ásperas y peculiares, fué siempre una persona llena de méritos extraordinarios, que me complazco en recordar.

Cruelles dolencias turbaron su espíritu y produjéronle, en Junio de 1930, una muerte trágica e inesperada, que malogró seguramente mayores triunfos para sí y para su país, en los ramos de su predilección.

Volviendo a nuestra Sociedad, diré que habiendo renunciado la pro-secretaría el señor Hurtado, fué designado en su lugar, y que después de una serie de sesiones *ad-hoc*, quedaron aprobados los *Estatutos* sociales y designados asimismo Miembros Honorarios algunos de nuestros más destacados profesores, como ser los señores Uldaricio Prado, Emilio Corvalán, Leopoldo Poppelaire, Ismael Rengifo, Carlos María Prieto, José y Luis L. Zegerz Recassen, Manuel Aldunate, Luis Charдаire, Adolfo Bruna, Washington Lastarria y José Ignacio Vergara, el primero de los cuales, como se ha

dicho, era un distinguido ingeniero de minas, que había dirigido por algún tiempo el rico mineral de Caracoles (Antofagasta) y que ahora desempeñaba las funciones de Decano de la Facultad de Matemáticas.

* * *

Constituído así y aunque en forma muy modesta nuestro Centro de confraternidad, a él concurríamos diariamente para charlar, y todos los domingos para sesionar, sin que estas reuniones tuvieran mayor importancia, y hasta recuerdo que hubo sesiones de pretendidas borrascas, de ruidosas interpelaciones, a la cabeza de las cuales siempre jocosamente se exhibía Jorge Porter, para entrenarse, según él, en futuras campañas políticas, que nunca llegaron, pues el alegre compañero murió inédito y en edad relativamente temprana.

Sin embargo, hubo profesores, como los señores Cousin y Obrecht, que solían prestigiar con su asistencia nuestras modestas reuniones, dando Conferencias sobre materias científicas, que nosotros nos encargábamos de comentar en la prensa diaria, para incrementar así su importancia.

Y así, sin mayores pretensiones y en muy alegre camaradería, transcurrieron los meses y hasta los años, sin que nada ni nadie nublaran en serio la tranquilidad, hasta que la política se introdujo en el ambiente, y la revolución hecha a Balmaceda en 1891 vino a matar la unión que todos apetecíamos.

Desde entonces todo fué desagrado, que vino a culminar en el desgraciado hecho denominado *Matanza de lo Cañas*, donde perdió la vida uno de nuestros compañeros, Daniel Zamudio.

Triunfante la revolución en las batallas de Concón y Placilla, en Agosto de

1891, la situación de los muy escasos balmacedistas que actuamos en la Sociedad, se hizo ya punto menos que imposible, pues, como lo decía, había desaparecido por completo el espíritu de armonía, y de ahí que para nadie fuera una sorpresa que en una sesión celebrada en Septiembre de ese año, bajo la presidencia de Augusto Bruna, uno de los presentes, Alejandro Moreno, presentara una moción para «expulsar de su seno a los funestos dictatoriales Francisco J. San Román, René Brickles, Pedro León González, Santiago Marín Vicuña, Estanislao Pardo Duval y Caupolicán Robles»; moción que fué aprobada, no sólo por unanimidad, sino que por aclamación. Por lo demás, soy el primero en reconocer que tal determinación, aunque injusta e ingrata, estaba perfectamente armonizada con las pasiones de aquella época, y lo propio se hizo en el Club de la Unión y demás Centros sociales y científicos existentes. De ahí que su acuerdo no me produzca hoy escozor.

De todas maneras, bueno será también decir que meses más tarde, nuestra Sociedad, comprendiendo su mal proceder, dejó sin efecto tal acuerdo; pero ninguno de los *amnistiados*, sea por decoro personal, ausencia u otras causales, no volvimos ya a participar en sus actividades, hasta que se produjo, como se dirá, la fusión con el Instituto de Ingenieros, en 1901.

De los así expulsados, el de mayor valía y respetabilidad era sin duda alguna el miembro honorario señor San Román, siempre considerado como uno de los ingenieros más competentes y honorables que ha tenido el país.

Nacido en Copiapó en 1848, de una honorable familia de origen argentino, de San Juan, obtuvo su título profesional en Santiago, y desde entonces, siguiendo inclinaciones naturales, se dedicó

a la minería y a la geología, en cuyas ciencias llegó a ser toda una autoridad, por lo cual el Gobierno, en 1882, le encomendó la grande, pesada y fructífera tarea de explorar y estudiar el Desierto de Atacama, siempre considerado como un verdadero Laboratorio de la naturaleza; tarea que ocupó todas las actividades de su intensa y laboriosa existencia. Los planos del Desierto y las Memorias que llevan su firma, constituyen un verdadero monumento de ciencia y labor en la literatura científica de nuestro país.

Después de terminados en el terreno esos trabajos, el Gobierno lo envió a los Estados Unidos, como Representante de Chile en un Congreso Geológico, celebrado en Washington en 1891, lo que él aprovechó para imprimir la Carta del Desierto y terminar la redacción de su vasta Memoria, que publicó más tarde en cuatro gruesos volúmenes, dedicados a la descripción topográfica, hidrológica, mineralógica y hasta botánica de aquella inmensa y desértica región. El señor San Román fué el continuador de Phillippi y el precursor del salitre.

Falleció en Abril de 1902, recibiendo entonces su memoria tributos de muy amplia estima, de ahí que cuando se escriba la historia de la ingeniería nacional, el nombre del señor San Román habrá de figurar en ella en forma muy destacada y merecida, ya que en su tiempo, como se ha dicho, tal profesional fué el gran *pioneer* de las riquezas mineras del norte y el divulgador más sincero, autorizado y tesonero de los tesoros de todo orden allá encerrados.

* * *

Entrando en mayores detalles sobre las actividades de nuestra Sociedad, diré aún algunas palabras sobre los Estatutos

y Reglamento que regían sus deliberaciones.

Los primeros constaban de 5 Títulos y 26 Artículos y los segundos de 13 Títulos y 70 Artículos, todos ellos, más o menos los comunes a instituciones de su especie, y que establecían, para el régimen interno, la existencia de dos Comisiones, la del Trabajo y la de Publicaciones, llamadas a hacer efectivos y prácticos los propósitos sociales. La primera, la del *trabajo*, solía acordar temas de estudio de interés colectivo, de sumo interés, entre los cuales recuerdo un curioso proyecto de atravesar el cerro Santa Lucía por medio de un túnel, prolongando así la calle de Agustinas hacia el oriente, comunicando en tal forma dos barrios hoy bastante poblados y de importancia, el que fué elaborado con mucho interés y hasta con el concurso de nuestro profesor de topografía, don Ismael Renjifo.

También solía fijarnos temas científicos y hasta fundar certámenes, a los que se le asignaban premios modestos, pero muy codiciados. Para que se forme conceptos de lo anterior doy en seguida el enunciado de uno de ellos:

«Determinar la curva que describe en un día, sobre un plano horizontal, la sombra de la extremidad de un estilo vertical alumbrado por el sol».

Y en cuanto a la segunda, la de *publicaciones*, se especializaba en incrementar la biblioteca y en propiciar la aparición de un Boletín, que sólo pudo realizarse mucho más tarde y aun en forma modesta, por ser asunto que salía ya de nuestras posibilidades económicas.

Efectivamente, el primer número de esta Revista sólo vió la luz en Abril de 1894 y desde entonces salía apenas un número por año, hasta enterar cuatro; publicación hoy sumamente escasa, tanto que *únicamente* he podido verla en la

Biblioteca Nacional. En la de nuestro Instituto no está.

Los principales autores de trabajos en ella publicados lo fueron los señores Luis Riso Patrón, Alvaro Donoso Grille, Juan Taulis, Ernesto Greve, Roberto Torretti, Eleazar Lezaeta Acharán, Jorge Calvo Mackenna, Raúl Claro Solar, entre los socios y los señores Luis Cousin y Alberto Obrecht, entre los profesores; todos los cuales trataban asuntos de vulgarización científica profesional de importancia y que manifestaban bastante dedicación.

* * *

Como se ha dicho, nuestra Sociedad sesionó en los comienzos en la calle Arturo Prat; después pudimos arrendar un local mejor, en la calle de Agustinas, entre Teatinos y Morandé, acera sur, y desde ahí, por falta de fondos, pedimos hospitalidad a la Universidad de Chile, cuyo Vice Rector don José Miguel Besoain, nos la otorgó generosamente. En tales circunstancias solicitamos del entonces Ministro de Instrucción, don Isidoro Errázuriz, en Noviembre de 1889, alguna ayuda fiscal, que nos fué negada; pero meses más tarde, en Junio de 1890, autorizado por el Directorio, presenté yo, y con mi única firma, una nueva solicitud con igual objeto, al nuevo Ministro don Julio Bañados Espinoza, quien, después de oír gentilmente datos que personalmente me fué grato darle, pude conseguir que se nos otorgara una subvención de \$ 600 al año, que quedó ya subsistente en la Ley de Presupuestos Nacionales hasta el término de la Sociedad; triunfo que no me fué dado usufructuar porque al iniciarse, como se ha dicho, fué *expulsado* de aquel Centro, por dictatorial!...

Nadie sabe para quien trabaja.

Y así vivió nuestra institución en sus

modestas aunque fructíferas actividades, hasta que, a mediados de 1896, siendo Presidente de ella Enrique Döll, recibió del Directorio del Instituto de Ingenieros, que entonces presidía don Alejandro Bertrand, una proposición de unificación, que, después de estudiada, no se la aceptó, pensando quizás los dirigentes que *más valía ser cabeza de ratón que cola de león*.

En esa época nuestras relaciones internacionales con la República Argentina, por causa de la fijación de los deslindes, estaban tan tirantes, que se creyó inevitable una guerra, originándose con ello una pasajera fusión patriótica de ambas instituciones y la formación, de acuerdo con el Jefe del Estado Mayor, el General don Emilio Körner, de un *Cuerpo de Ingenieros Militares*, que no alcanzó a actuar por los arreglos de Cancillería producidos; pero que algo sirvió en el acercamiento de ambos organismos.

Efectivamente, más tarde, siendo Presidente del Instituto don Ismael Valdés Valdés y de nuestra Sociedad, Eleazar Lezaeta, se reanudaron las gestiones antes frustradas y esta vez hubo mejor ambiente, hasta el punto de designarse sendas Comisiones para el estudio de las bases de unificación; pero una oposición tenaz de Riso Patrón dejó nuevamente en nada tales buenos propósitos.

Y así siguieron las cosas hasta que, en Abril de 1900, se volvió a tratar el problema, sobre bases ya determinadas y que traducían no ya una *absorción*, sino una *fusión* y entonces se logró redactar un *Convenio* definitivo, que establecía la organización de un *nuevo organismo*, con Estatutos y nombres diversos y que pasó por fin, a denominarse *Instituto de Ingenieros de Chile*, que no tardó mucho en iniciar sus funciones.

Salvadas así las dificultades, que más parecían caprichos de determinados diri-

gentes, y adoptándose un temperamento de gentil conciliación, se pudo pues, y por fin, redactar una *Acta de fusión*, fechada 21 de Octubre de 1900, la que fué firmada por representantes autorizados de ambos organismos, que lo fueron los señores Alberto Obrecht, Abelardo Pizarro, Domingo Casanova, Roberto Renjifo y Nicanor Vidal por parte del Instituto, y Manuel Trucco, Francisco Mardones, Manuel Ossa Covarrubias y Francisco Bascuñán por parte de nuestra Sociedad, al tenor de la cual se celebró, el 1.º de Enero de 1901, una *sesión plenaria*, que dió por sancionado o ratificado todo lo convenido y designó a su vez un Directorio común, que quedó formado así:

Presidente, don Ismael Valdés Valdés.

Vice Presidente, don Enrique Vergara Montt.

Secretarios, los señores Domingo Casanova y Francisco Mardones, y

Directores, los socios Cesáreo Aguirre, Javier Bascuñán, Jorge Calvo Mackenna, Enrique Dublé, Carlos Elhers, Ernesto Frick, Ernesto Greve, Francisco Huneeus Gana, Alberto Obrecht, Estanislao Pardo Duval, Abelardo Pizarro, Eduardo Soubllette, Rogelio Torres y Manuel Trucco.

El acta de esa sesión para nosotros memorable y que con justicia podría denominarse la *Fe de Bautismo* del actual Instituto de Ingenieros de Chile, lleva la firma de los Presidentes y Secretarios de ambas instituciones así fusionadas, que lo eran los señores Ismael Valdés Valdés, Ernesto Greve, Luis V. de Porto Seguro Ovalle y Francisco Mardones respectivamente, y en ella se consignó el Decreto gubernativo que concedía la personalidad jurídica del naciente organismo, como también la designación de los señores Diego Barros Arana, Rodulfo A. Philippi, Domingo Víctor Santa María, Buenaventura

Osorio, Alberto Obrecht y Carlos Koning en calidad de Miembros Honorarios y las de otras personalidades extranjeras, en el carácter de *Correspondientes* en Panamá, Sucre, Bruselas, Madrid, Holanda, Londres y Montevideo, con lo cual quedaba finiquitada la gestión por tantos años propiciada.

Al iniciar en tal forma sus funciones el nuevo organismo contaba con 234 socios, de los cuales 125 le aportaba el Instituto y 109 nuestra Sociedad.

Agregaremos aún que la sesión inaugural a que he hecho referencia se efectuó en el local del Instituto, que funcionaba entonces en los altos de una casa ubicada en la calle de Huérfanos, entre Bandera y Morandé, acera sur, (donde hoy actúa el Teatro Splendid) y ahí quedó por algunos años, hasta que pudo ya trasladarse a su nuevo y definitivo local actual, de la calle San Martín 352, adquirido y edificado por los propios socios a costa de muy meritorios sacrificios.

La referida sesión se realizó en medio de un ambiente de franca alegría y de mutua confraternidad, que el Presidente supo acrecentar con sus paternales declaraciones.

—«Nada podía justificar, ni explicar siquiera, dijo el señor Valdés, que los ingenieros tuvieran en nuestro país dos hogares distintos, en vez de reunirse en uno solo, como con indiscutible evidencia lo aconsejaba toda clase de consideraciones».

Y después de trazar un encomiástico programa de futura acción gremial, terminó exortando a los profesionales a que se mantuvieran siempre en íntima unión, en fraternal cooperación, ya que sólo así el porvenir y la vida les serían de agrado y benéficas; palabras que otros oradores de igual fuste supieron recoger y acrecer.

Quedaba así sancionada por los hechos

reales una vieja aspiración, llamada a producir muy loables frutos en todos los órdenes de las actividades del gremio y que han podido mantenerse a través del tiempo.

Como órgano de publicidad oficial se mantuvo a los ya viejos ANALES, conservando hasta el mismo formato con que se había iniciado en 1889, sólo que se le cambió la numeración; de manera que esta publicación es seguramente una de las más antiguas y meritorias de todo Sud América, pues entiendo que son posteriores a ella las que editan actualmente el Centro Nacional de Ingenieros de Argentina, la Sociedad de Ingenieros del Perú, la Sociedad de Ingenieros de Bolivia, el Club de Ingeniería de Brasil, la Asociación de Ingenieros del Uruguay y el Colegio de Ingenieros de Venezuela, para no citar sino las principales. Nuestros ANALES, en tal forma y con legítimo orgullo podemos expresarlo, sería así hoy, en nuestro Continente el archivo más valioso y antiguo de los cuerpos científicos profesionales, ya que por sus páginas han desfilado las plumas más acreditadas en nuestro país en la noble misión de difundir la ciencia y las ideas con patriotismo y elevación de criterio.

Honor a ellos.

* * *

En tal forma nacieron pues a la vida actual la Sociedad de Ingeniería y el Instituto de Ingenieros, que en 1901 se refundieron en un solo organismo y su perseverante órgano de expansión cultural, cuyas trascendentales labores y éxitos en el noble campo de la ciencia y de la experiencia profesional, otros que el suscripto sabrán algún día narrar con más prestigio y sabor; pero antes de poner fin a estos *apuntes íntimos*, que andando los años podrán adquirir alguna

importancia, permítaseme todavía darme la satisfacción personal de anotar un hecho, que me es grato consignar, o sea el estampar, sin mayores pretensiones, de ser el suscripto, si no el de más edad, por lo menos el más *antiguo* hoy de los actuales socios de nuestra Institución, por haber sido, en Mayo de 1888, uno de los *fundadores* de la Sociedad de Ingeniería, precursora como se ha dicho, del actual Instituto, los que *automáticamente* quedamos involucrados al nuevo organismo común, al hacerse la fusión de 1901, narrada más atrás.

—¿Seré en igual forma el *decano* de los colaboradores de los ANALES?

—Puede que sí, desde el momento que mi primer aporte a tan prestigioso Boletín data del número correspondiente a Abril de 1895, al publicar *in extenso* un trabajo sobre las ferrovías de Chile, que habiendo sido agraciado por la Facultad de Matemáticas de la Universidad con una alta distinción, años más tarde, de edición en edición, llegó en 1916 a constituir ya un grueso volumen, definitivo y muy difundido: *Los Ferrocarriles de Chile*.

En fin, todo aquello son detalles sin mayor importancia.

* * *

Y al poner término a esta bien inten-

cionada disertación sobre hechos ocurridos en tiempos ya lejanos y que pueden interesar a los que en lo futuro quieran narrar su historia, sólo me resta formular votos íntimos porque sea eterna realidad la unión entre los colegas que, bien o mal, dedican sus actividades a la noble profesión de la ingeniería, de los cuales nuestro Instituto constituye un prestigioso y común hogar; aspiración ya formulada lustros atrás por un activo y prestigioso ingeniero, don Enrique Vergara Montt, al decir, en forma elocuente y auspiciadora, en la sesión inaugural de su funcionamiento, las siguientes palabras, que todo concurre a darle el carácter de una profecía:

«El Instituto de Ingenieros, dijo nuestro recordado amigo, está llamado a existir mientras Chile exista, y su constitución está preparada para una muy larga y fructífera existencia. Espero, pues, que al final del siglo XX habrán nuestros nietos de recordar con gusto y hasta con orgullo los nombres de los que hemos *fundado* esta Institución, y haciendo la historia de su vida y actividades, señalen los beneficios de sus obras».

Quieran Dios y los acontecimientos que tan hermosos pronósticos sean siempre una realidad.

Santiago, 28 de Octubre de 1933



JORJE PORTER

ALFREDO ILLANES

LUIS VARAS

MARCEAL RECART

CARLOS GARCIA

A. URQUIETA

FILIDOR FERNANDEZ . EDUARDO PARDO C.

SAMUEL FLORES

CARLOS AGUIRRE

CARLOS SOZA B. AUGUSTO BRUNA L. GUILLERMO FRITIS

LUIS RISOPATRON S.

SANTIAGO MARIN V.